

mo asimismo por lograr la tranquilidad y la fortaleza necesarias en trances tan apurados, no había cristiano alguno que antes de subir á ser coronado de gloria no recibiese con fervor el Viático Santísimo. En efecto; ningún fiel, decía S. Cipriano, se considera dispuesto para recibir el martirio si no comulga antes la Divina Eucaristía. Por esta razón, los fieles encarcelados procuraban con tanto anhelo proveerse del celestial Sustento, valiéndose de mil medios que únicamente una devoción inmensa á Jesucristo Sacramentado podía sugerir. Cuando se notificaba la última pena á un cristiano por el enorme *delito* de profesar el Catolicismo, sus hermanos en la fe, al propio tiempo que disponían la gran cena, en la cual, los confesores y todos los demás compañeros participaban alegremente de una modesta comida, le llevaban el Pan de los fuertes, celebrando el santo Sacrificio en su presencia, si era posible, y comulgándole á continuación. Con esta vianda suavísima, era tanto el gozo interior y la inmensa fortaleza que adquirían que no temieron presentarse ante los jueces más inicuos y sufrir los tormentos más crueles. En tiempos posteriores, el Pontífice S. Pío V permitió á la reina de Escocia, María Estuardo, para que en sus prisiones, antes de perder la vida por la Religión Católica, pudiera comulgarse con su propia mano.

Semejantes hechos indican los saludables efectos que causa el Santo Viático. Tranquiliza el espíritu, matando en cierto modo la concupiscencia; le fortalece contra sus enemigos visibles é invisibles; le enfervoriza para amar con mayor intensidad á Dios y para subir cuanto antes al cielo; y el Viático mismo, causando un dulce sueño en el alma, como dice S. Gregorio Niceno, le proporciona un descanso eterno, conduciéndole Él mismo como en carroza de fuego al cielo. ¡Oh! Y con cuánto fervor debiéramos pedir á Jesucristo Señor N. nos concediese la gracia de no morir sin recibir el adorable Sacramento!

§. III.

10. El desterrado de Patmos refiere (1) que oyó una

(1) Apoc., XIV, 13.

dulce voz en el cielo, que decía: «Bienaventurados los muertos que en el Señor mueren.» ¿Pero cuáles son esos muertos que mueren en el Señor sino los que están en posesión de Dios, los que le han comulgado por Viático? La palabra *in* en la Escritura divina significa compañía con Dios, comunión con el Espíritu Santo; y precisamente, esto mismo se verifica en aquéllos que participan del Santísimo Sacramento. S. Juan Crisóstomo (1) refiere haber oído á un santo varón que los que, cercanos á la muerte, reciben el adorable Viático, son asistidos por los ángeles, quienes hacen cuerpo de guardia, como soldados, guardando sus cuerpos y llevando sus benditas almas al cielo; por esta razón afirma el citado Padre (2) que si partiéramos de esta vida, armados con el Sacramento del Altar, podremos llegar muy confiados al tribunal de Dios, como si fuéremos vestidos de ricas telas y brocados de oro; por lo cual advierte un autor erudito (3) que estos vestidos son los nupciales con que nos presentamos en el paraíso para sentarnos en la mesa del Eterno; que el Viático que nos los proporciona es la litera que nos conduce á la eternidad bienaventurada, porque así como el que va en coche se apea al término del viaje, así, comulgando con buenas disposiciones en la hora de la muerte, nos entramos dentro de Dios y tomamos carruaje para el cielo, y el hermoso coche y el valiente auriga que es Jesucristo, en frase del profeta, nos pone dentro de la gloria.

11. Si es un bien excelentísimo recibir el santo Viático, ¿con qué disposiciones debemos comulgarle á fin de sentir los saludables efectos que proporciona? Seria es una enfermedad grave; pero muy seria sobre todo si no existen esperanzas de curación. La muerte, ha dicho un eminente filósofo, es la cosa más terrible entre todas las terribles, mas al cabo ha de venir necesariamente; he ahí por qué es indispensable que ya que como buenos cristianos hemos de con-

(1) Lib. de sacerd.

(2) Hom. 24 in epist. ad Corint.

(3) Trat. 6, §. II.

fesar y comulgar cuando nos encontremos en circunstancias semejantes, lo practiquemos del mejor modo posible, pues quizá sea la última vez que comulguemos al Rey de la Gloria. En todo tiempo el cristiano debe participar de la sagrada Mesa con una conciencia inmaculada y un fervor santo; pero en el artículo de la muerte deben aunarse nuestros esfuerzos para practicar una Comunión fervorosa, santa, preciosa á los ojos de Jesucristo, que sea capaz de conducirnos al Edén celeste. Un escrupuloso examen de todos nuestros pensamientos y palabras y acciones, ejecutados desde que la razón asomó á nuestro cerebro; un arrepentimiento universal y sincero de todos nuestros extravíos, y una confesión íntegra, sencilla y devota serán los preparativos que deberemos buscar para hospedar con santo gozo al Rey de las eternidades. A continuación debe seguirse un deseo vehemente y espiritual por unirnos con Jesucristo, deseo que, á imitación de Zaqueo, que recibió al Salvador en su propia casa, así el enfermo hospeda á su Dios en su corazón, para que, como á aquel publicano convertido, pueda decirse: «Hoy se ha obrado la salud en esta morada.» Suspiraron los israelitas por el maná porque no querían morir hambrientos; y de mejor gana deberemos suspirar nosotros por el Viático Santísimo para no perecer entre los negros horrores de una muerte funesta. Entonces deberemos persuadirnos que será, sin duda, la última Comunión de nuestra vida; que será la última vez que nos unamos con Jesús; que será el postrer beso que demos á sus labios; y como nos conviene estar en aquella hora crítica mejor unidos con Jesús, he ahí por qué deberemos practicar mayores diligencias para lograrle y no separarnos jamás de su amistad eterna.

Y cuando se haya comulgado el santo Viático, ¿qué acciones de gracias más cumplidas no deberemos tributarle? En este caso repetir debemos con la Esposa de los Cánticos: «Le tengo y no le dejaré hasta que le introduzca en el palacio de mi Padre celestial.» Los sentimientos de los parientes que llorarán nuestro tránsito; las voces de los amigos y conocidos que se lamentarán por nuestra partida; y

las relaciones con el mundo prevaricador que seduce á todas horas, no deberán en aquellos momentos percibirse en nuestra alma, porque sólo Dios debe obrar en ella para que, en saliendo de este ingrato suelo, vuele al Ser que la creara tan pura, tan santa, tan inmaculada como de las divinas manos saliera.

12. Los siervos de Dios, empero, diéronnos sublime ejemplo respecto al modo con que deberemos recibir el santo Viático. Unos se disponían fervorosamente con la confesión. El V. Fr. Domingo Anadón, de la Orden de Predicadores, antes de comulgar en el último trance hizo una confesión general de sus pecados tan escrupulosa que su confesor le aseguró que, no habiendo cometido culpa mortal durante su vida, le parecía que confesaba muchas niñerías, en las cuales varones virtuosísimos no reparaban; pero el siervo de Dios respondió que, habiendo de practicar la última Comunión, necesitaba prepararse de aquella manera (1). La beata Juliana de Busto Arsicio, agustina (2), lo primero que solicitó en su última enfermedad fué el Viático Santísimo. De S. Nicolás de Tolentino se refiere (3) que, hallándose en el artículo de la muerte, pidió con profunda humildad el adorable Viático para ir armado y prevenido, decía, con tan regalado mantenimiento, y para no quedar desmayado en camino tan largo. Estaba el angélico Doctor en las puertas de la eternidad, cuando, habiéndole llevado el Sacramento Santísimo, esforzando su voz casi apagada, pronunció estas solemnes palabras: «Creo firmemente que Jesucristo, Dios y Hombre, está en este augusto Sacramento. Os adoro, Dios mío y Salvador mío, y os recibo á Vos que sois el precio de mi redención y el Viático de mi peregrinación. ¡Oh Vos, por cuyo amor he estudiado, trabajado, predicado y enseñado: espero no haber dicho nada contrario á vuestra divina palabra, ó si me ha sucedido esto por ignorancia, me retrac-

(1) Histor. General de Sto. Domingo., lib. 4, cap. 19.

(2) Brev. Rom. Agustin.

(3) Surio, 10 Septiembre.

to públicamente y someto todos mis escritos al fallo de la Santa Iglesia Romana.»

13. Siervos del Señor hubo que, en cuanto tuvieron noticia de que venía Jesús á visitarles, mandaban les sacasen del lecho y les postrasen en el suelo para adorar al Salvador. De este modo se portó el Doctor Máximo, quien además ordenó le desnudasen de sus hábitos interiores y le vistiesen un áspero saco, diciendo, en ocasión que vió venir al Divino Viático: «¡Oh plato excelentísimo del alma, dignísimo de ser venerado, honrado y adorado, á quien debemos glorificar y abrazar y con todas alabanzas ensalzar!» Así se portó también el católico rey S. Fernando, quien, reparando los cortesanos dejarle desnudo en el suelo, repitió aquellas palabras de Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo iré al seno de la tierra;» inmediatamente ordenó que sacasen de su habitación todas las vestiduras é insignias reales, porque, según decía, donde está el Rey del cielo no deben brillar los monarcas de la tierra.

En último término, hubo venerables que, debido á su profunda humildad, no permitieron que en su dolencia postera entrase el Señor en las habitaciones interiores para ser Viaticados, antes bien, ellos mismos optaron por ir á la iglesia con el propio objeto. Así lo verificaron Juan Hunniades, rey de los húngaros, y David I rey de Escocia, quienes, en brazos de los sacerdotes, fueron conducidos al templo en el que, puestos de rodillas y confesando su indignidad, comulgaron por vez última el Cuerpo de N. S. Jesucristo.

Ved aquí los bienes incalculables que proporciona el augusto Viático, bienes que jamás fueron negados á los devotos del Sacramento Santísimo, porque tampoco mueren generalmente sin este adorable Sacramento los que fueron sus finos amantes. Para que éstos no pasen á la otra vida sin el santo Viático se ha valido el Señor unas veces de medios ordinarios, aunque especialmente providenciales, y de medios extraordinarios otras veces. S. Dionisio Areopagita, momentos antes de consumir su precioso martirio, pudo celebrar la santa Misa; pero al llegar á la fracción de la Hos-

tia, el mismo Jesucristo, acompañado de innumerables cortesanos angélicos, bajó del cielo, y, tomando la santa Hostia, dijo á su siervo:—Toma, come, amigo mío, esta Prenda que mi Padre y Yo te pagaremos presto.—S. Ambrosio recibió el Viático de manos de un sacerdote, quien fué avisado por un ángel para que se lo ministrase. S. Juan Crisóstomo iba á morir sin que nadie le llevase el Santísimo Sacramento; pero puesto en fervorosa oración, se le aparecieron S. Pedro y S. Juan los cuales se lo ministraron.

14. No me resta otra cosa que exhortaros á que tengáis sumo placer por acompañar al Señor cuando por Viático sale del templo á ser comulgado de los enfermos. ¡Qué Jesús, Rey de la gloria, salga de su Casa para socorrer á los dolientes y que nosotros, súbditos suyos, oyéndole pasar quizá por delante de nuestros domicilios no nos tomemos la molestia de acompañarle! Y permitimos friamente que vaya solo! Y desprovisto de luces! Expuesto á las inclemencias del tiempo y á los sarcasmos de los impíos..! En las ordenanzas de Castilla se mandaba que todos los paisanos, incluso el rey ó el príncipe, si encontrasen en la vía pública á su divina Majestad, estuvieran obligados á acompañarle hasta el templo donde debiera estar reservado; y si los súbditos eran moros ó judíos, se descubriesen, se arrodillasen y adorasen al Santísimo Sacramento, ó en caso de que no quisieran sujetarse á estas prescripciones se entrasen en sus casas, de suerte que no diesen mínimo escándalo. Y por más que hoy no rijan ordenanzas semejantes, empero el fervor cristiano debe esmerarse por acompañar siempre que pueda á Jesucristo Sacramentado, quien ha premiado más de cien veces esta hermosa devoción con repetidas bendiciones del cielo, á más de las numerosas indulgencias que lucra quien practica este acto de piedad. Y, ¿no queremos nosotros hacernos acreedores á finezas tantas?

EJEMPLO

Cierto caballero estaba en relaciones ilícitas con una sobrina suya. Llegó á contraer una enfermedad gravísima, y, puesto en el artículo de la muerte,

llamó á un sacerdote para que le oyera en confesión y le administrase la Santa Eucaristía. El triste enfermo, por más que deseaba recibir los venerables Sacramentos, no quería despedir de su casa á la concubina, por lo cual, entristecido el sacerdote, se despidió de su penitente sin haberle dado la absolución. De paso á su casa tuvo aquél una entrevista con San Bernardo á quien consultó el caso, y éste le dijo:—Andad acá, no se pierda ese alma.—Llegados ambos al domicilio del caballero moribundo, comenzó S. Bernardo á hacer una fervorosa plática á éste, que no dió resultado alguno. Pero al fin le habló de esta manera:—Por lo menos, señor, ¿no os pesa de que no podáis dejar á esa mujer?—Mucho me pesa de ello, respondió el caballero. Entonces el santo añadió:—Basta—y rogó al presbítero diese la absolución y el Santo Viático al penitente; mas, ¡caso prodigioso! apenas el interesado acabó de recibir la Divina Eucaristía cuando trocó decididamente su obstinada voluntad, doliéndose con llanto de su infame pecado y mandando arrojar á su sobrina. En semejante estado de contrición pasó á mejor vida el caballero, legándonos con su ejemplo el recuerdo de la poderosa virtud que posee el Viático Santísimo. *Cesarío, lib. 2, cap. 17.*



XXIX

*La Divina Eucaristía, causa de nuestra
Resurrección.*

*Et ego resuscitabo eum in novissimo die.
Y yo le resucitaré en el último día.
JOAN., VI, 55.*

1. Esta misteriosa frase pronunció el divino Salvador en ocasión que predicaba á los cafarnaitas la salvadora doctrina de la Santa Eucaristía:—Yo resucitaré en el último día á los que comieren de mi Cuerpo y bebieren de mi sangre.—¿Pero, por ventura, los que no recibieron jamás la Carne y la Sangre de Jesucristo dejarán de resucitar al fin de los tiempos? ¿Acaso éstos, ó los que participaron del Sacramento con pérfidas disposiciones quedarán para siempre confundidos entre el polvo de la tumba? ¿No expresa el símbolo apostólico, que la resurrección de todos los muertos será un hecho? Pues, ¿cómo es que Jesús, parece indicar que sólo los que comieren de su Cuerpo y bebieren de su Sangre resucitarán? Enseña el Apóstol (1) que todos los hombres en verdad resucitaremos, pero que no todos seremos mudados; esto es: que no todos cambiarán la triste muerte por una resurrección gloriosa. Los justos han de resucitar llenos de gloria á imitación de Jesucristo que surgió

(1) I Cor. XV, 51.